





# EL PRÍNCIPE DE LOS HÉROES

La novela de Juan Galo Lavalle



Raúl Tort

EL PRÍNCIPE DE LOS  
HÉROES

La novela de Juan Galo Lavalle



Primera edición: febrero de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Tort

© Equipo de diseño de la editorial Adarve con la colaboración de Daniel Miró

ISBN: 978-84-19151-40-7

ISBN digital: 978-84-19151-41-4

Depósito legal: M-3417-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis consocios y amigos del Jockey Club de Buenos Aires,  
de la Peña de Armas y del Club Francés, que me conocieron  
como Raúl Pérez Tort*





## INTRODUCCIÓN

*Hoy, 12 de octubre de 2016, una tarde fría y nublada como suelen ser las de otoño en Hondarribia (Fuenterrabía), me siento frente al ordenador con el propósito de comenzar una novela que estará basada en la vida del general argentino Juan Galo Lavalle. Aunque su figura me interesó desde que comencé a adentrarme en la historia de Sudamérica y de sus protagonistas, fue precisamente hoy, mientras caminaba por la ciudad vieja y cruzaba sus antiguas murallas, cuando resolví poner manos a esta obra. Los muros que atravesé en la mañana, camino a la biblioteca, llevan en sus sillares —horadados a cañonazos— las huellas de un asedio épico que devino en leyenda. Recordé el coraje de los defensores de la ciudadela, civiles y soldados que resistieron al invasor francés durante meses y hasta el levantamiento del sitio<sup>(1)</sup> y al pensar en ellos rememoré también a quien considero arquetipo del héroe, Juan Lavalle. Además, vino a mi memoria un trabajo de genealogía vasca que sitúa en esta misma ciudad el origen de la familia de la que provendría el hidalgo argentino. Todo, me pareció, estaba impulsándome a escribir sobre él. Hacía tiempo que tenía en mente la idea de pergeñar otra «novela histórica», como lo fue mi obra anterior, titulada La Flor de Oro del Caribe, que es una narración relativa al reino caribeño de Xaraguá. Llevaba más de un mes repasando y de enmendando viejos textos. Era ya la hora de empezar algo nuevo. La falta de actividad intelectual me atemoriza más que el desafío de la creatividad.*

*No muchos años atrás escribí, inspirado en sus avatares, el poema que denominé «Romance del general Lavalle». Es probable que, si logro dar fin a este proyecto, inserte esa poesía en las últimas páginas del libro en ciernes, puesto que sus estrofas resumen, líricamente y en pocas palabras, mi reconocimiento por el prócer.*

*Creo que la atracción por Lavalle nació en mí de unas palabras dichas hace tiempo por mi madre cuando pasábamos casualmente frente al teatro Colón de Buenos Aires y observamos juntos la estatua del patricio. Es la que está alzada en la plaza homónima, junto a la Ópera. Fue esculpida por el italiano Pietro Costa y se halla erguida sobre una alta columna dórica, sostenida a su vez por un macizo pedestal neoclásico. Ella me dijo entonces, mirando la esfinge recortada contra el cielo porteño, que Lavalle había sido el patriota más venerado por su padre, quien lo apodaba el «príncipe de los héroes». Mi abuelo, el general Francisco M. Vélez, retirado del servicio activo tras haber alcanzado el máximo grado militar en la Argentina, cumplidas sus funciones diplomáticas en Inglaterra y España y acabada la legislatura en la que se desempeñó como senador de la nación<sup>(2)</sup> consagró los últimos años de su vida a elaborar una enjundiosa obra sobre otro prohombre, la publicada con el título de Ante la posteridad. Personalidad marcial del teniente general Julio Argentino Roca. Pienso que, de no haber destinado sus afanes a tal quehacer y a la elaboración de otro libro suyo (Héroes del desierto y la Patagonia), motivados ambos por ineludibles encargos oficiales, se habría abocado a explorar las hazañas de aquel a quien siempre elogiaba como ejemplo de valentía y entrega a la patria. Hubiera escrito, en consecuencia, su biografía militar, con análisis meticulosos de todas y cada una de las batallas en las que intervino, con la misma sabiduría y precisión desplegada en los trabajos de su autoría que he citado. Mi madre agregó, señalando un sitio próximo a nosotros, que allí se alzaba otrora la mansión de los Dorrego, el gobernador a quien Lavalle ordenó fusilar, y me contó que dicha casa tenía tapiadas las ventanas que daban a la plaza, porque los familiares del ejecutado no querían ver desde estas el monumento al viejo rival, cuya presencia marmolea parecía ofenderlos adrede. Era aquel el magnífico palacio construido por Mariano Agustín Miró Dorrego. Miré la effigie y comprendí, porque conocía la personalidad de Lavalle, que era lógico estuviese allí, sobre un alto fuste y de pie en el capitel, luciendo en la pechera del uniforme algunas de las medallas ganadas en combate, con el bicornio acunado por el brazo izquierdo, la diestra extendida y el porte arrogante que había logrado plasmar el artista, esculpiéndole en una actitud que denotaba su orgullo por ser quien había sido.*

*Cuando comencé —tardíamente— este oficio de narrador, me dije memorando aquella conversación mantenida en mi juventud, que algún día haría una novela basada en la aventurera existencia del guerrero, aspiración demorada hasta hoy. Redactarla será no solo cumplir conmigo mismo, sino también un homenaje a mi antecesor, el general erudito cuya figura quedó empequeñecida por la brillantez de su tutor y hermano mayor, mi tío abuelo Gregorio Vélez, coetáneo y ministro de la Defensa<sup>(3)</sup>.*

*Una razón más me impulsa a escribir sobre Juan Galo: los dos militares hermanos y de mi propia familia, que he citado precedentemente, quedaron huérfanos a temprana edad. Su padre, mi bisabuelo, era hijo de otro Vélez, que fue víctima de la guerra civil. Este estanciero, que era simpatizante de la causa unitaria, fue fusilado por los federales como represalia de haber brindado caballos de su propiedad al general Lavalle, que los necesitaba en su campaña salteña.*

*Las vicisitudes del héroe son tan novelescas de por sí, que para darle el formato elegido tendré más episodios verídicos que omitir (a fin de no abrumar al lector), que agregar circunstancias presuntas. En su caso la realidad supera cualquier ficción. No dudé de que, si lograba cumplir mi objetivo y viera en el futuro la tarea acabada, el título de la obra sería El príncipe de los héroes, la novela de Juan Galo Lavalle.*

*He tomado una determinación de la que debo dejar constancia previa, para evitar así críticas que de otra forma serían justificadas: No será esta una biografía meticulosa, empeño que ha sido abordado por otros autores de mayor fuste y que me obligaría a indagar y respetar siempre la verdad, dejando en blanco los hiatos que la documentación no ha cubierto, sino una novela histórica, con todas las licencias que el género permite.*

*El punto de partida será el respeto de los antecedentes contrastables, aquellos conocidos y registrados fehacientemente, pero luego iré anudando los sucesivos episodios constatables con otros que serán fruto de mi imaginación, sin atenerme a estrictas limitaciones de tiempo y lugar, pero dentro de la coherencia que la personalidad del protagonista y las circunstancias fidedignas me permitan suponer. El glosario anexo dará precisiones relativas a los hechos relatados y acreditarán que será la historia real el sustento de esta narración.*

*El primer libro no se referirá expresamente a Juan Galo Lavalle sino a su padre, Manuel José de Lavalle, desde que este dejara Lima y se instalara en*

*Buenos Aires, hasta el nacimiento del protagonista principal. Podría ser leído como un libro de viajes independiente de los que le seguirán, pero lo incluiré a modo de una extensa introducción, para dar un pantallazo al ambiente geográfico, social y político del Virreinato del Río de la Plata donde nació y se formó su hijo. Somos «nosotros y nuestras circunstancias», y en el caso de Juan Galo es necesario, para comprender su accionar, conocer la difícil y cambiante etapa de la historia que le cupo vivir. Durante su infancia, el país fue dos veces invadido, luego se independizó de España y muy pronto Juan se vio envuelto en el conflicto fraterno que lo llevaría a ser el adalid de una de las dos facciones con las que se desangró la nueva nación.*

*Sé muy bien que para que el relato suscite la atención del eventual leyente necesita, a más de su desarrollo lineal, una medida dosis de suspense y de romanticismo, como así también que esté dotado de un ritmo adecuado. La exposición detallada y cronológica de los hechos no constituiría de suyo una trama amena. También se requieren, entre otros componentes, la descripción de las geografías en las que transcurrieron los sucesos y de las fisonomías y vestimentas de los protagonistas, la reseña del medio social en que se desarrollaron, de los acontecimientos políticos y militares que encuadrarán el relato y la exposición de cuántos más elementos conforman una novela que pueda suscitar interés, tanto para alguien que procure indagar en la historia, como para cualquiera que guste de un relato donde se alternarán amores que superan la muerte con hazañas memorables y trágicas derrotas, amistades nobles y odios eneguedores, dolorosas traiciones y lealtades sublimes. Espero permita, a la vez, atisbar la vida cotidiana del siglo XVIII en latitudes americanas, con los usos y costumbres que fueron propias. En fin, reitero que, aun cuando la libertad que me tomo me facultará párrafos de fantasía, confío ser fiel a la esencia del personaje, respetar los hechos verídicos fundamentales y ceñirme al contexto político y militar de aquella época. Incorporaré personajes y recrearé diálogos que la historia no ha anotado y me permitirá pinceladas como las que cualquier pintor incorpora a sus óleos para hacerlos mejores, reinterpretando al modelo que pretende plasmar.*

*Ernesto Sabato, quien en su novela Sobre héroes y tumbas, ya se había referido al tema de la travesía del prócer muerto, creó, en unión a Eduardo Falú que compuso la música, una elegía inigualable de su trágico final. Esta ha*

*contribuido significativamente para que la actual generación tenga presente su nombre sin que cayera en el olvido, región común de la mayoría de los próceres.*

*La vida de Lavalle es la conjunción de una pasión por la gloria y el desdén por el peligro, sustentados en el honor viril. En su caso el amor trasciende la muerte y su historia no acabará, ni aun muriendo. Dios quiera que pueda reflejar yo esa aura de triunfo que lo acompañó en vida y no ha borrado su desaparición física.*

RAÚL TORT



## NOTA

Dado que la novela transcurre en Sudamérica y que muchos de sus personajes y elementos pueden ser ajenos al conocimiento del lector, he incluido numerosas notas aclaratorias, ordenadas conforme avanza la lectura y expuestas al final de la obra bajo el título de «Glosario». De tal modo, pretendo evitar distraer a quien no necesite recurrir a estas o entorpecer el desarrollo del relato con excesiva frecuencia, tal como ocurriría si las incluyera dentro de la misma narración. Allí se encuentran breves reseña biográficas, el significado de algunas palabras habituales en la América colonial, detalles complementarios de hechos históricos y explicaciones referentes a fauna, flora y objetos de uso en aquel tiempo y en aquellas zonas geográficas por donde discurre la trama, como así también apuntes destinados a orientar al profano en el intrincado entramado de la historia colonial y de las guerras civiles que siguieron a la independencia.

Como complemento del texto, agrego una relación de los antecedentes genealógicos del protagonista y un esquema de la sucesión de Gobiernos durante los cuales transcurrió su vida.





PRIMERA PARTE

1778-1797

LOS PROGENITORES



# CAPÍTULO I

## EL REAL DECRETO

Sonaron tímidos golpes en la puerta de la alcoba. ¿Quién es?, preguntó soñoliento Manuel, quien, terminada su siesta, aún descansaba tendido en la cama, dándose aire con un abanico de marfil. Carta para el amo, respondió la vocecita del aprendiz de muca-mo, un indiecito que intentaba adaptarse a la vida burguesa de sus patrones, quienes, por caridad, lo habían llevado del campo a la ciudad a fin de darle un oficio para el que no tenía muchas condiciones. ¿Quién la envía?, inquirió él sin levantarse de la cama. No lo sé, señorito, la trajo un hombre uniformado. Pasa, Antay, le dijo, y pensó con cierta preocupación: algo importante debe ser para que venga un emisario a estas horas en las que nadie se mueve por las calles bajo el sol del verano.

Han pasado ya el mediodía y el tardío y prolongado almuerzo a la usanza local. Toda la ciudad de Lima<sup>(4)</sup> parece estar inmóvil, sumida en el bochorno. Retomará su ritmo recién avanzada la tarde, cuando la temperatura será entonces más agradable y los ciudadanos comiencen a salir de sus casas, como las hormigas cuando acaba la lluvia. Manuel tenía cumplido lo que debía hacer aquel día. Había madrugado para aprovechar la «fresca» y pensaba quedarse en su dormitorio hasta que llegasen las horas vespertinas con un libro a mano, *La Florida del Inca*, de Gómez Suárez de Figueroa, el escritor conocido como el «Inca» Garcilaso, para leer junto al ventanal cuando no tuviese más sueño. Un perrillo de pelaje canela y

diminutas manchas claras, acompañaba a su dueño, echado cerca del lecho.

Quien portaba la misiva, un muchacho cobrizo ataviado como criado, con una librea que en él parecía disfraz, entró al cuarto y le presentó la bandeja de plata en la que se hallaba un sobre lacrado con el sello virreinal. Un moscardón que acababa de entrar por la ventana, zumbó sobre la cabeza del joven patrón que, molesto, lo apartó de un manotazo. Se incorporó, cogió un cortapapeles y abrió el sobre. Al oír la comunicación se quedó sorprendido y disgustado. Tuvo que releerla para cerciorarse de que no la malinterpretaba, pero el texto del pliego no daba lugar a dudas.

Breve, autoritario y conciso. Contenía una orden real que le venía dirigida con su nombre y apellidos completos: Manuel José Bonifacio del Corazón de Jesús de Lavalle y Cortés. Estaba firmada por el secretario del virrey, y en esta se le informa que había sido nombrado funcionario del Estado y que se le había asignado para cumplir con sus funciones un destino muy lejano de ese querido Perú donde se hallaba, pues se le notificaba su designación como «contador general de la Rentas y del Tabaco» del nuevo Virreinato austral, el llamado del Río de la Plata<sup>(5)</sup>.

Dicha jurisdicción había sido recientemente creada por su majestad Carlos III, rey de todas las Españas. La había desgajado del dominio peruano, a cuya administración se le amputaba —en consecuencia— una vasta extensión del sur del continente. Dicha sangría se sumaba a la escisión ocasionada por la creación del Virreinato de Nueva Granada hecha en 1739 y que abarcaba todo el norte de los dominios reales. Con ambas nuevas demarcaciones se pretendía lograr mejor control de la España de las Indias Occidentales, dado que, de tal forma, se acercaban los respectivos centros de decisión política a los territorios que eran difícilmente regulados desde la Lima, tan distante tanto de los septentrionales como de los australes.

Manuel estaba anonadado. ¡Tener que dejar la amable ciudad en la que vivía para recluirse nada menos que en Santa María del Buen

Aire!, una villa arrumada en el fin del mundo y que, según le habían contado, era un lodazal en época de lluvias y se calcinaba en el estío bajo nubes de mosquitos. Bien sabía, además, que estaba emplazada a pocas leguas de la frontera que delimitaba lo controlado por el rey con las regiones asiento de la indiada bravía, muchas de cuyas tribus aún no habían sido sometidas a las leyes del Imperio<sup>(6)</sup> y conservaban su independencia. Dispuestas a defenderla, a costa de su sangre, constituían vecindad peligrosa.

Habiendo tantas personas idóneas para ese cargo, ¡qué necesidad había de designarlo justamente a él!, cuando muchos españoles limeños habrían estado felices con ese destino que no quería ni necesitaba.

Vete, le espetó al chico, que se había mantenido a la espera de recibir alguna orden. El criadito Antay se retiró con un ademán desmañado que había intentado ser un gesto cortés. Manuel se vistió con rapidez. Tenía que hablar ya mismo con sus padres, quienes obviamente sabrían lo del empleo y se lo tenían guardado para evitar protestas previas y que fuera un *fait accompli* cuando el beneficiado se enterase de lo resuelto a sus espaldas. Hacía tiempo que barruntaba podrían estar procurándole un puesto de jerarquía en la Hacienda Real, pero... ¡que lo asignaran tan lejos de allí!, probablemente no había sido ese el favor procurado. Suponía que su padre estaría contrariado y su madre desolada.

La mosca intrusa continuaba revoloteando y posándose de tanto en tanto sobre el pelo, como si se burlara del ofuscado caballero, que abandonó el aposento seguido por su perdiguero de Burgos que había percibido el malhumor de su amo e iba detrás con el rabo tieso y las orejas gachas.

Cualquier licenciado en leyes recién diplomado, tal como lo era él, aunque fuese miembro de una acrisolada familia cual la de los «De Lavallo», de sobrado peculio y altas ambiciones, habría aceptado de buen grado el cargo acordado, no solo por estar bien remunerado, sino porque brindaba al designado excelentes perspectivas de progreso. Quien lo asumiera se integraría así a la alta adminis-

tración real, mas eso era para Manuel un regalo envenenado, el incordio que venía a alterar sus planes de vida que había previsto por derroteros muy diferentes.

Masculló que así era habitual en esos años de la nueva dinastía borbónica y que no tenía que sorprenderse por ello... Te llega una orden de Palacio, barruntó, y sin comerlas ni beberlas tienes que asumir un puesto y, además, agradecerlo cumplidamente aunque no lo hayas solicitado. Bueno, en su caso, era obvio, eso lo habían hecho otros por él.

Coligió que había sido sin duda alguna padre<sup>(7)</sup>, caballero de la Orden de Calatrava, quien había movido los hilos para lograrlo. ¡Como si su hijo lo hubiese pedido! No solo voy a tener que dejar esta residencia, infirió, sino también abandonar los negocios recién emprendidos. A mí, el primogénito mimado, ¡maldita gracia me hace abandonar el Perú!, donde tengo familia y amigos y que, además, es el epicentro mundial del comercio de la plata, actividad en la que he conseguido cerrar algunas transacciones comerciales con pingües beneficios y que pensaba proseguir.

Ciertamente, tiene sobrada edad para abandonar el nido, pero se cree joven aun como para estar obligado a instalarse por su cuenta. ¡Es tan cómoda la casa paterna! ¡Tan agradable la vida familiar! ¡Tan obsecuentes las atenciones para con él del servicio doméstico! Algunos de sus integrantes lo conocen desde la infancia y siguen llamándole «niño José» o «amito», aunque pronto —exageraba— peinaría canas.

Ha nacido en Trujillo<sup>(8)</sup> donde su padre había sido alcalde ordinario y tiene, al igual que su progenitor, un ilustrado general, el título de doctor en leyes obtenido meritoriamente en la Universidad Mayor de San Marcos<sup>(9)</sup>. Empero, no obstante los lauros logrados en materias de abogacía, pues se había doctorado en jurisprudencia, había pensado dedicarse a la importación de plata, el principal producto de la colonia y que brindaba a esta sus mayores rentas. Colegía que dicho comercio era más redituable que el fruto de los pleitos y del trajinar en los tribunales —ámbitos que concor-

daban con sus estudios—, o que la prestigiosa carrera de las armas, oficio predominante en su familia colmada de meritorios soldados. El nombramiento, por tanto, impondría a su vida un rumbo muy diferente al que había programado. Tendría un trabajo bastante parecido al de su padre, contador de las Reales Cajas de Trujillo, revisor de las Cajas Reales de Cajamarca, Huamacucho y Huambos y corregidor de Piura.

Aquello del tabaco no parecía ser tan importante como las funciones cumplidas por su padre, pero quizás fuera dicha tarea, en ese otro Virreinato, una fuente de ingresos significativa. Obviamente, su destino no sería nunca tan destacado como el de su hermano mayor, quien muy temprano había logrado sobresalir como militar y tenía asegurado un futuro brillante.

No obstante su reticencia, nunca se le pasó por la cabeza rechazar lo resuelto, sino intentar revocar la orden con los mismos buenos oficios que la habían impulsado. Manuel no era de aquellos dispuestos a cambiar el mundo, pero no por eso dejaba de ser trabajador, serio y empeñoso y, además, respetaba como quién más el orden constituido. Siendo un patriota sincero, aunque no fuera partidario de las armas, no habría vacilado en dar su vida por el rey si alguna vez llegase a ser imperativo hacerlo. Los De Lavalles se sentían españoles hasta los tuétanos, colonizadores en América y vasallos de España, en una época en la cual la condición de súbdito leal no implicaba aún carácter peyorativo, sino apego a la Patria, que era España y a su máxima autoridad, Su Majestad el rey.

Se dijo entonces con sentido común: Si no puedo alterar lo resuelto a mis espaldas, entonces tendré que «barajar y dar de nuevo». Conjeturó que le será casi imposible conseguirlo y, para consolarse, concluyó: Tengo 25 años... y la vida por delante.





## CAPÍTULO II

# NO HAY PEOR INTENTO QUE EL QUE NO SE HACE

Su madre no estaba en la vivienda y padre lo felicitó contento, como si la designación recaída en su hijo fuera un obsequio familiar. Lo había encontrado sonriente, apoltronado en su antecámara, leyendo y vestido de entrecasa, con una rica bata de seda y un gorro en la cabeza que ocultaba la testa rapada para ser cubierta por una peluca. Con tal ropaje le pareció menos severo que con uniforme y entorchados, casi vulnerable. Se equivocaba.

Él le expresó vehementemente cuántos reparos se le ocurrieron. Qué su mamá, qué sus hermanos, qué la familia, qué los amigos, qué sus contactos, qué sus negocios... Hablaba con precipitación y hasta tartamudeaba. Todas sus objeciones fueron refutadas y no tuvo más remedio que callar. No se atrevió a seguir discutiendo con don Simón, un general vizcaíno también versado en leyes que dominaba el arte de la réplica, no se distinguía precisamente por su buen genio y había tenido la deferencia poco usual de escucharle y rebatir lo que le había expuesto. Se retiró contrito, dejando al progenitor, que esperaba agradecimientos, azorado por la reacción negativa del hijo.

Quizás su hermano mayor, el influyente Joseph, pudiera evitar el forzado traslado que el nombramiento implicaba, o trocarlo por otro destino mejor, o al menos no tan lejano. Al fin de cuentas, allí

en el Perú eran fundamentales las influencias, el peso de los apellidos, la fortuna y el poder de mando. Nada de eso le faltaba a don Joseph Antonio de Lavalle y Cortés, el hijo favorito de su padre que tanto renombre tenía ya como militar y funcionario público.

De vuelta al dormitorio, se apoyó en el alfeizar de la ventana y asomó al primer patio. Ocupaba una habitación en la segunda y última planta de la mansión. Bajo su mirada se extendían los tejados rojos de las casas menos elevadas que la suya, rodeadas de jardines floridos e insertas en el esmeralda de los vergeles limeños. El aire le traía el aroma embriagante de las sierras, que aspiró ávidamente como para preservarlo. Apreciamos más algo cuando debemos dejarlo, razonó y aunque no fuera un pensamiento muy original, le ocasionó una triste sonrisa de conmiseración. Un chubasco reciente daba brillo al paisaje y el sol se reflejaba con destellos dorados en los charcos que aún salpicaban las aceras empedradas. La lluvia había aventado la canícula. Suspiró ¿Cómo sería realmente el distante Puerto del Buen Aire? Y las porteñas ¿superarían en hermosura a las limeñas? In pectore iba aceptando que lo resuelto sería irrevocable.

Recompuso su ánimo. Se miró en el espejo basculante que reflejaba su apuesta figura, ajustó el lazo del corbatín, se pasó el cepilló por el pelo rubio y ensortijado y resolvió ir a ver, sin más demora, al poderoso hermano. A esas horas de la tarde debía estar ya en su mansión de la calle Ancha, tal como era su costumbre al dejar el cuartel. Dile a Antay que lleve a pasear a mi perro, y avisa a mi madre que voy a visitar a mi hermano, fueron las instrucciones que le impartió al mayordomo cuando este le alcanzó sombrero y bastón.

El palacete de Joseph se hallaba cerca. Era un edificio de dos plantas, con muros almohadillados y un enorme balcón volado de madera artesonada y cristaleras que recorría su frente casi por completo. Era la casa de un hombre que había triunfado y alcanzado muy pronto poder y fortuna. Caminó con largas zancadas, impaciente por llegar. Se detuvo frente al pórtico barroco, hecho de granito y rematado en una concha como las del Camino de

Santiago, esculpida en piedra, para allí ordenar mejor sus ideas y las palabras que debía decirle al primogénito a fin de no disgustarlo y obtener su apoyo. Una mulata simpática le franqueó el acceso. Subió, precedido de un mucamo, por la elegante escalera de madera hasta la galería que rodeaba al primer patio. Allí, un gran jacarandá engalanaba el entorno con sus flores violadas. El despacho ocupaba una amplia habitación entre el corredor y el ajimez, con el verde ramaje por un lado y el panorama al que daban los cristales por el otro. Anunciada su presencia, Joseph le hizo señas amistosas para que entrase. Estaba redactando una carta que dictaba a su secretario, quien, pluma de ganso en mano, lo escuchaba con atención, reclinado sobre un secreter. Dos podencos dormitaban a los pies del amo y alzaron sus cabezas al verle. Este le invitó cordialmente a sentarse en el mullido sillón de terciopelo verde musgo que enfrentaba al escritorio y continuó con la carta interrumpida. Por unos minutos solo se oyó el rasgueo del cálamo en el folio desplegado. Un magnífico tapiz *verdure* adornaba el aposento y en otra pared se lucían tres ángeles arcabuceros de esmerada factura cuzqueña, encerrados en artesonados marcos dorados. La luz del sol declinante bañaba el crucifijo de marfil que presidía el ambiente y la panoplia en pergamino, primorosamente tintado, del escudo heráldico que ostentaban los De Lavalle desde España, un blasón compuesto por dos leones azules puestos en pelea debajo y, en torno suyo, cinco estrellas de gules. En el jefe asomaba un águila naciente, teniendo ambas regiones el mismo campo de oro.

En ese entonces Joseph había alcanzado, tras una lucida carrera, el grado de coronel y le aguardaba, cuando menos, el generalato. A sus órdenes estaba el importante Regimiento de Milicias de Infantería. Ya había sido designado alcalde de Trujillo y corregidor de Piura y vivido varios años en Europa para completar su esmerada educación. Estaba casado desde hacía poco con Mariana de Zugasti y Ortíz, que era hija del general español Martín Zugasti y sobrina del conde de Vallehermoso. Era *vox populi* que pronto sería nombrado alcalde de Lima y, completando su reconocimien-

to, había recibido el hábito de caballero de la Orden de Santiago. Manuel, un simple civil, soltero y sin ningún haber destacado en su historial, se sentía apocado frente al exitoso hermano.

El dueño de casa dio por suspendida la tarea cerrando la carpeta que tenía abierta sobre la mesa de trabajo. El amanuense posó la pluma en un tintero de jade y, discreto, se retiró sin que se lo indicaran.

Quizás mi hermano pequeño, pensó Joseph, viene a agradecer mi apoyo para ganar el cargo recién asignado. Estaba complacido de que Manuel José hubiera concurrido prestamente, porque, según su criterio, aunque fueran hermanos, había que guardar las formas. Cuando el ayudante hubo dejado el estudio, se volvió hacia él con un cordial «Y bien, ¿qué te trae por aquí, Manuelito?». Lo escuchó incrédulo.

Joseph Antonio de Lavalle, futuro conde de Premio Real<sup>(10)</sup>, no solo no lo ayudó, sino que le recriminó no agradeciera el hecho de entrar a formar parte de la administración y con un rango codiciado. Para un patriota realista como lo era él, sería poco menos que un crimen rechazar la gracia monárquica, concedida a Manuel José por influencia familiar más que por sus méritos, que eran casi inexistentes según así se lo recalcó, salvo por esa titulación universitaria que, reconocía, había ganado con su propio esfuerzo. Además le recordó que, dadas las reformas borbónicas y en particular en aquel año 1778, los residentes españoles de ultramar, tal como lo eran ellos, dependían de los cargos y prebendas otorgados por el Gobierno y la Iglesia y, sobre todo, de su estrecha vinculación con la Corona. Piensa tú, le dice conteniendo la cólera que las palabras de su hermano le han provocado, que se ha creado un nuevo Virreinato, que Perú ha perdido gran parte de su territorio en aras del nuevo y que la ciudad a la que te han destinado, su capital, será, con el tiempo, tan importante como Lima. Didácticamente se exployó explicándole: ha habido expediciones inglesas y francesas en la Patagonia, en Norteamérica las colonias se han independizado, soplan aires liberales por el mundo, los portugueses avanzan... y

por todas esas razones debemos reforzar nuestra presencia en el sur del continente. Su Majestad ha suprimido el monopolio de la Casa de Contratación de Sevilla y ahora rige el Reglamento y Aranceles Reales para el Comercio Libre de España e Indias, lo cual nos beneficia como residentes de esta parte de España y nos traerá más progreso. Tú tendrás la suerte de aprovecharlo. Pocas veces daba tantas explicaciones y recomendaciones, pero el ingrato hermanito, a quien mucho apreciaba, estaba, suponía, necesitado de buenos consejos y quién mejor que él para brindárselos.

Cogió una pizca de rapé<sup>(11)</sup> de una cajita esmaltada y lo aspiró para mitigar su indignación. Después de la pausa impuesta por esa moda afrancesada, le dijo: allí está tu futuro, Manuelito, sin depender de la familia. Te deseo mucha suerte. No había nada ya para oír ni qué agregar. Aquella entrevista, más que una visita familiar se había sembrado a una audiencia.

Manuel José agachó la cabeza, abrazó a su hermano, acarició la cabeza de los perros que agitaron las colas sin mucho entusiasmo, y se marchó contrito y algo avergonzado. Saludó con una inclinación de cabeza al secretario que aguardaba en la sala contigua y salió a la calle no sin antes dar una nalgada maliciosa a la mulata que le abrió la cancela. Ella, lejos de ofenderse, le brindó una sonrisa que permitió lucir sus dientes blancos. Hasta pronto, don Manuel, será bien recibido y con franca risa apartó la mano del joven dispuesto a hacerla otra caricia más osada.

Fue esa gestión fraterna la última que realizó para evitar lo inevitable. Se dijo a modo de consuelo: pensaba que traficar con plata sería mi futuro y ¡al Plata me han enviado!

